

Zorko Simčič¹

El hombre a ambos lados de la pared (fragmento)

Es domingo y comienza una nueva vida. Hasta ahora no he parado de preguntarme dónde y cuándo ir más adelante. De Austria a Italia, luego a Trieste, y a Roma, y a Argentina... Ahora ya no voy más a ninguna parte. Ahora me voy a un lugar determinado... Mañana comienza, hoy comienza para muchos un día nuevo, desconocido...

Da un paso y se para en medio de la acera, se da la vuelta, regresa y se inclina de nuevo por encima de la baranda. Se queda contemplando el camino serpenteante que va desapareciendo en dirección a la vía, después cierra los ojos y escucha el movimiento de los vagones de carga en un impreciso lugar de abajo, detrás de los árboles.

Es verdad que allí, en Misiones, crecen los tung y hay frutos venenosos en lugar de jugosas manzanas. Es verdad que no hay césped sobre el que tenderse y hay bichos peligrosos entre las hierbas en lugar de grillos... Hay ríos intransitables con cataratas gigantescas en lugar de arroyos susurrantes... y, sin embargo. ¿No es nuestro destino encontrar veneno en lugar de frutos seductores, el peligro en lugar de la certidumbre, la fuerza bruta en lugar de las bellezas apacibles – pero no es éste precisamente el maravilloso regalo que el destino concede sólo a los refugiados? Respirar las fragancias embriagadoras de las selvas vírgenes en lugar del olor a descomposición, tensar otra vez los músculos ya muertos, luchar por la vida cotidiana en caminos arriesgados...

«Estaré solo de verdad», piensa después en voz alta, «pero por lo menos estaré solo. A mi mujer no le molestará, ella me necesita tal como soy. Pues me necesita....»

No se ha dado cuenta de que un coche oscuro lleva siguiéndole a lo largo de varias cuerdas de casas bajas y que hay una mujer joven al volante. Sólo oye que está acercándose y, aunque está sorprendido de que el ruido del motor vaya menguando en esta zona de la ciudad y a esta hora, no tiene ni ganas ni tiempo para darse la vuelta y ver la mano enguantada agarrando un revólver.

¹ Simčič, Zorko (2013): *El hombre a ambos lados de la pared*. Ljubljana: Društvo slovenskih pisateljev / Asociación de Escritores Eslovenos, colección Litterae Slovenicae, 168-170.

Está a punto de pensar en la vía de tren que esa misma mañana se lo llevará para siempre de esta ciudad monstruosa hacia una nueva vida, pero el vehículo negro que le sigue se para. No sabe quién está allí, no sabe qué le pasa, sólo sabe, con más claridad que si lo mirara de frente, que, en cualquier momento, terminará todo. Las ventanillas están bajadas, pero a él le parece que oye cómo bajan, cómo un frío tubo de acero se apoya con una obediencia leal y con un roce silencioso y firme en el borde del cristal. Siente un dolor en la mandíbula y los hombros se le caen por su propia cuenta. Sólo cierra los ojos y espera a ver cuándo oirá el primer disparo y, después, apenas un eco lejano del segundo, dos disparos iguales con los que ha soñado tantas noches.

Su alrededor y sus adentros rebosan silencio y oye un zumbido en sus oídos. Alguien le ha tapado todo el cuerpo con un caparazón gigantesco. Desde detrás de una casa larga y baja se oyen, atravesando el zumbido, los choques cada vez más débiles entre pares de vagones. Pronto, todo será aún más bonito de lo que es... ¿Volverá algún día lo bonito? ¿Quién, quién... quién se lo preguntaba hace poco? Será mejor. No sabe ya que está pasando, sólo oye cómo alguien detrás de él gime como si gimiese un niño y cómo un pesado objeto metálico cae con un golpe sordo a una alfombrilla de goma. No tiene fuerzas para darse la vuelta; le da terror pensar que tuviera que darse la vuelta, como si supiera que vería de frente su propio pálido rostro.

El vehículo se lanza hacia lo alto del paso a nivel como un caballo alocado y de repente hay tanto silencio a su alrededor que se pregunta por un momento si no habrá soñado solamente con todo esto y piensa que acaba de despertarse.

Katja... No sabía qué hacer. Por primera vez en su vida no sabía qué hacer...

Se endereza, sigue mirando ausente, pero se llena de ternura. ¡Pobrecita! Le gustaría haberse echado a correr detrás de ella...

...aquella cosa terrible a la que siempre más miedo ha tenido se acerca a rastras, cada vez más, y cada vez más rápido. Empieza a entrelazarse, formando una mezcla repugnante, con el recuerdo de la tarde de sol pálido en el puerto al otro lado del mar... Empieza a balbucear y espera sin éxito a que las lágrimas acudan a sus mejillas.

«No, no... No es que ella no supiera qué hacer, no es eso... Me quiere demasiado, por eso no ha disparado. No podía... ¿Pero cómo podría haberlo hecho...?» Lloro con lágrimas secas para sus adentros y se tapa con fuerza la cara con las manos, le gustaría borrar de allí todos los surcos de dolor. Pero después levanta la cabeza como si pensara lanzarla hacia el cielo: «¡No!... No, no. ¡No es

verdad! Me conoce demasiado y sabía que con un tiro me salvaría y no quería hacerlo. No es que no pudiese hacerlo. ¡No quería hacerlo! No quería... No quería matarme por el odio que me tiene...»

Las lágrimas no aparecen. No hace más que gemir como un niño, negando con la cabeza. Oye su propia voz y se tranquiliza. «Este camino termina sólo en un momento, esto terminará en el momento en que esté yo solo frente a aquella última alta pared y no haya nadie a mi lado, tampoco los que me dieron a luz, que me dieron todo, que quisieron revelarme todo...» Sus fuerzas flaquean. Cree mirar hacia el cielo en una línea vertical, pero en realidad apenas ha estirado un poco el cuello. «Pero ¿qué hemos hecho para merecernos esto?»

No debería haber dicho: qué hemos hecho para merecernos... Debería haber dicho: Qué he hecho para merecerme... Vuelve a filtrarse en él un pensamiento repulsivo y, en este momento, las lágrimas ruedan por sus mejillas.

«Allí, junto al río hay flores, hay muchas flores», empieza a decirse. «Por la noche se abren como si la tierra abriese un millar de ojos. Las miraré de muy cerca, me tenderé en el suelo entre ellas y hundiré mis brazos hasta los codos en la tierra roja y pensaré, pensaré... Debo llegar hasta el final...»

Siente todavía un calambre en la espalda y, después, sus rodillas ceden. Se quiebra y queda tendido en la baranda. Como si quisiera alejarse de esta calle negra y húmeda, por la que se ha marchado ella, y como si quisiera bajar hasta los raíles de plata que esta misma mañana lo sentirán encima mientras haga todo ese largo viaje al norte. Como si necesitara con urgencia decirle algo a alguien que está subiendo despacio por el camino desde la vía del tren, decirle algo en una lengua desconocida.

Traducido por Marjeta Drobnič
Revisado por Matías Escalera Cordero

Zorko Simčič

Človek na obeh straneh stene¹ (odlomek)

Nedelja je in pričinja se novo življenje. Doslej sem se vedno spraševal, kdaj grem naprej. Iz Avstrije naprej v Italijo, naprej v Trst, naprej v Rim, naprej v Ameriko ... Zdaj ne grem nikamor več naprej. Zdaj grem nekam ... Jutri se prične, danes se prične za marsikoga nov, neznan dan ...

Stopi do sredine pločnika, pa se obrne in se spet vrne ter se nagne prek ograje. Nekaj časa zre na vijugasto stezo, izginjajočo proti progi, potem pa zapre oči in posluša, kako nekje spodaj za drevesi premikajo vagoni.

Saj so namesto jablan tam gori res tungova drevesa in namesto sočnih jabolk struženi sadeži. Res ni trave, da bi mogel leči vanjo in namesto čričkov je v njej golazen ... Namesto žuborečih potokov so neprestopne reke z orjaškimi slapovi ... in vendar. Kaj ni naša usoda najti struž namesto vabljivega sadeža, nevarnost namesto gotovosti, surovo silo namesto mirnih lepot – toda ali ni prav v tem čudovit dar usode, ki je dan samo beguncem? Namesto duha trobnobe vdihovati mameče dišave deviških gozdov, znova napeti že mrtve mišice, boriti se za vsakdanje življenje na drznih poteh ...

»Res bom sam,« premišlja nato naglas, »toda bom vsaj sam. Saj žene ne bo motilo, ona me potrebuje, kakršen že sem. Gotovo me potrebuje ...«

Ni videl, kako že nekaj blokov nizkih hiš vozi za njim temen avtomobil in da za krmilom sedi mlada ženska. Sliši le, kako se mu bliža in čeprav se začudi, da v tem koncu mesta ob tej uri pojenjava glas motorja, nima ne volje ne časa, da bi se obrnil in videl orokavičeno roko z revolverjem.

Hoče pomisliti na železno cesto, ki ga bo še isto jutro za vedno odpeljala iz tega pošastnega mesta v novo življenje, toda tedaj se črno vozilo za njim ustavi. Ne ve, kdo je tam, ne ve, kaj je z njim, ve samo, vse jasneje, kakor če bi bil obrnjen, da bo zdaj zdaj vsega konec. Okenske šipe so spuščene, toda njemu se zdi, da sliši, kako jih nekdo niža, kako se mrzla jeklena cev zvesto in s tihim, polnim udarcem nasloni na rob stekla. V čeljustih ga zaboli in ramena se mu

¹ Simčič, Zorko (2013): *Človek na obeh straneh stene*. Celje: Mohorjeva založba, 174-177.

sama od sebe pobesijo. Le oči stisne in čaka, kdaj bo zaslišal dva strela, komaj še tretjega oddaljeni šum, kakor jih je sanjal toliko noči.

Okoli njega in v njem se razbohota tišina in v ušesih mu prične šumeti. Nekdo mu je poveznil orjaško školjko preko vsega telesa. Izza dolge, nizke hiše spet udarjata skozi šum tiše in tiše po dva in dva vagona. Kmalu bo vse še lepše, kakor je ... Ali bo še kdaj lepo? Kdo, kdo ... kdo ga je pred kratkim tako spraševal ...? Lepše bo. Ne ve več, kaj se godi, zasliši samo, kako nekdo za njim skoraj po otroško zaječi in kako kovinast, težak predmet gluho pade na gumijasto preprogo. Nima moči, da bi se obrnil; groza ga spreleti ob misli, da bi se moral obrniti, kakor da bi vedel, da bo pred seboj zagledal svoj lastni, blede obraz.

Vozilo za njim kakor blazen konj švigne proti vrhu nadvoza in potem je nenadoma okrog njega tako tiho, da za hip pomisli, ali se mu vse skupaj ni samo sanjalo in da se je prebudil.

Katja ... Ni vedela, kaj storiti. Prvič v življenju ni vedela kaj storiti ...

Zravna se, še vedno gleda predse v prazno in občutek nežnosti ga napolni. Revica! Hotel bi steči za njo –

– vedno bliže in hitreje se plazi tisto grozno, česar se je vedno najbolj bal. Ostudno se začne mešati s spominom na medli sončni popoldan v pristanišču onkraj morja ... Začne blebetati in zaman čaka, da bi mu solze privrele po licu.

»Ne, ne ... Ne, da ni vedela, kaj storiti, ne ... Preveč me ima rada, zato ni sprožila. Ni mogla ... Pa kako bi mogla ...?« Suho se joče vase in krčevito pritiska dlani na obraz, hotel bi z njega zbrisati boleče zareze. Potem pa dvigne glavo, kot bi jo mislil suniti v nebo: »Ne!... Ne, ne. Ni res! Preveč dobro me pozna in je vedela, da bi me z enim strelom mogla rešiti in ni hotela. Ne, da ni mogla. Ni hotela! Ni hotela ... Iz sovraštva me ni hotela ubiti ...«

Solz ni. Samo ječati je začel kakor otrok in zmajevati z glavo. Zasliši lastni glas in se pomiri: »Ta pot se konča samo v enem trenutku, tega vsega bo konec v tistem trenutku, ko bom čisto sam tam pred tisto zadnjo veliko steno in ne bo nikogar ob strani, tudi tistih ne, ki so me rodili, ki so mi vse dali, vse hoteli povedati ...« Moči mu popuščajo. Misli, da zre navpično v nebo, v resnici pa je komaj za spoznanje stegnil vrat predse. »Toda, kaj sva storila, da sva to zaslužila?«

Ne bi smel dejati, kaj sva storila, da sva zaslužila ... Dejati bi moral: kaj sem storil, da sem zaslužil ... Spet se začenja vleči gnusna misel vanj in tedaj mu solze udro preko lic.

»Tam gori ob reki so rože, je dosti rož,« prične govoriti sam sebi. »Ponoči se odpro, kakor bi zemlja odprla tisoč oči. Gledal jih bom prav od blizu, legal bom mednje in roke bom do komolcev zagrebel v rdečo prst in mislil, mislil ... Moram priti do konca ...«

Še čuti, kako ga drži krč v hrbet, potem pa mu izčrpana kolena klecnejo. Prelomi se na pregraji in obvisi na njej. Kakor da bi hotel proč od te črne, vlažne ceste, po kateri je odšla ona, in kakor da bi hotel tja do srebrnih tračnic, ki ga bodo še to jutro čutile nad seboj vso dolgo pot na sever. Kakor da bi nujno moral nekemu, ki se po stezi počasi dviga do železniške proge, nekaj reči v neznanem jeziku.